Juan de la Plata

El flamenco que he vivido

Vivencias, escritos y recuerdos de un viejo aficionado

LA CÁTEDRA
DE FLAMENCOLOGÍA

La Cátedra de Flamencología

Como ya he dejado dicho, en el año 1958, creé la Cátedra de Flamencología y Estudios Folklóricos Andaluces, redactando un manifiesto fundacional, junto con mi amigo de la niñéz, el poeta, cantaor aficionado y gran entendido, Manuel Pérez Celdrán. Manifiesto que nos imprimieron en la imprenta municipal, con fecha 24 de septiembre, día de la Patrona de Jerez, Ntra. Sra. de la Merced, y que dimos a conocer a los medios informativos el día 9 de octubre, fecha del patrón, San Dionisio Areopagita; contando desde el primer momento con el respaldo del Ayuntamiento jerezano, a través de su alcalde, que era a la sazón el escritor y africanista, Tomás García Figueras, viejo ateneísta, y hombre muy amante de la cultura de su pueblo, que previamente se había asesorado –pidiendo consejo a viejos aficionados, amigos suyos– de la necesidad y conveniencia de la puesta en marcha de dicha institución, a la que le quisimos dar un sentido netamente académico, como centro de investigación, promoción, documentación, conservación y archivo de todo cuanto se relacionara con el Arte Flamenco y con el folklore tradicional de Andalucía. La Cátedra estaría en Jerez, pero funcionaría a más ambiciosos niveles, pues abriríamos sus puertas, desde el primer momento, como realmente hicimos, a cuantos estudiosos estuviesen interesados en trabajar, junto a nosotros, fuesen andaluces o no; del resto de España, o de cualquier otro país.

En principio, pensamos que si íbamos a trabajar de forma académica, lo mejor era constituir la sociedad como Academia de Flamencología y si así hubiera sido, hoy tendríamos el título de Real Academia, como lo tienen, desde hace años, todas las academias de artes y de ciencias que funcionan en nuestro país. Pero, también pensamos que eso nos podría traer algunos problemas y el malestar de los miembros de la ya existente, a nivel local, Academia de San Dionisio, de Ciencias, Artes y Letras, con la que deseábamos evitar cualquier tipo de confrontación, pues era una institución muy respetable, con la que nosotros deseábamos tener, desde el primer momento, las más amistosas relaciones;

como realmente sucedió, desde la fundación de la Cátedra, a la cual no pudimos dar vida propia por cuestiones de tipo gubernativo, viéndonos entonces obligados a erigirla como una sección especial y autónoma del Centro Cultural Jerezano, ya existente y al cual ya pertenecíamos los fundadores; aprovechando la coyuntura que se nos presentó, dos años más tarde, para que la Cátedra absorbiera al citado Centro, cambiándole la denominación de Centro Cultural Jerezano, por la de Cátedra de Flamencología y Estudios Folklóricos Andaluces.

Entre los objetivos fundacionales de la nueva institución académica se recogía en el Manifiesto el propósito de *"salvar definitivamente de su olvido, y revalorizarla"*, toda la riqueza flamenca y genuinamente folklórica que, *"de un modo tan lamentable hemos ido dejando desaparecer"*; porque la verdad es que el flamenco estaba por los suelos, en aquellos momentos; habiendo quedado relegado a espectáculos muy endebles, en manos de figuras de muy poca categoría artística, en su mayoría, que solo cantaban fandanguillos y canciones aflamencadas, salvo alguna que otra rara excepción; y a un uso muy limitado por parte de la gente del pueblo, especialmente de raza gitana, que únicamente lo cultivaba en reuniones íntimas, a nivel familiar o de taberna, entre amigos.

Para ello, según decíamos en el Manifiesto, la Cátedra de Flamencología estaba dispuesta a emprender *"una poética tarea, enfocada desde cinco puntos básicos, urgentes y necesarios"*. A saber:

"Recopilar todo aquello que suponga materia documental valiosa.

Investigar tenazmente, hasta lograr averiguar las exactas raíces, influencias, giros, variantes, etc., de los cantos y bailes que componen el extraordinario acervo musical andaluz.

Conservar cuantos datos, libros, partituras, fotografías, objetos de arte, discos y otras grabaciones, puedan ser de interés en estos trabajos.

Defender nuestra música popular de toda clase de impurezas y mixtificaciones, atacando valientemente todo intento de corrupción musical.

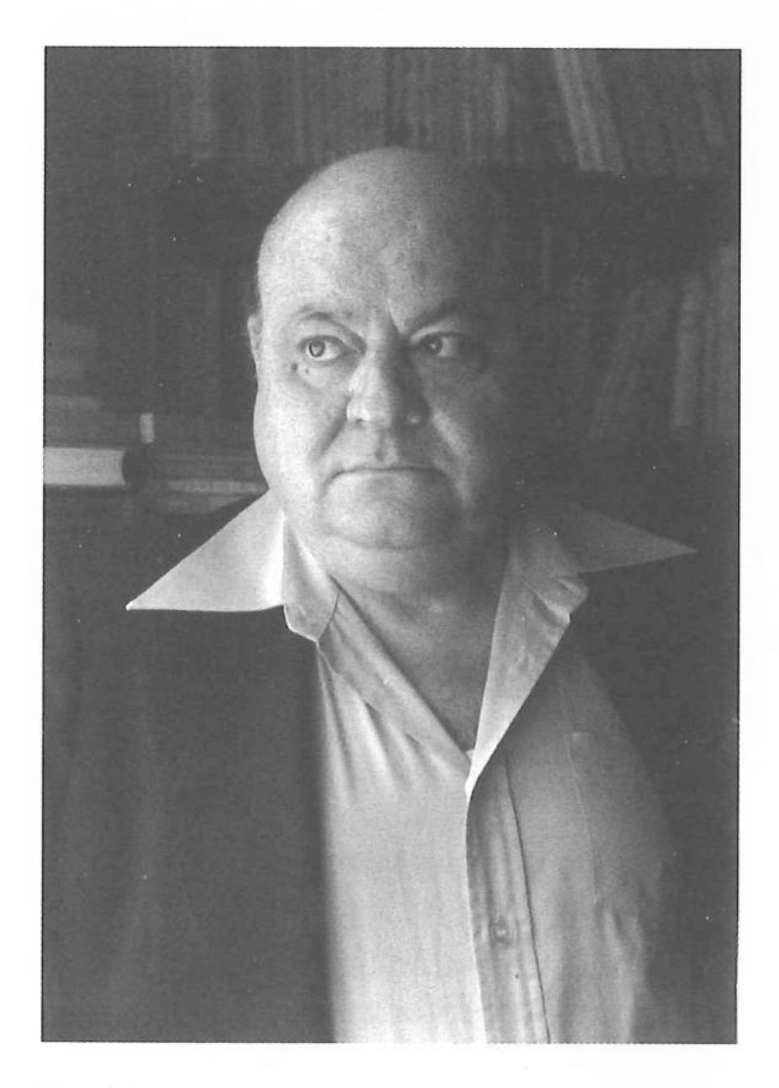
Divulgar y exaltar, constantemente, por todos los medios a nuestro alcance, la verdad y la belleza de un arte sutil, que nos puede definir, tan cabalmente, a los ojos de aquellos que quieran penetrar en nuestros sentimientos y costumbres".

"Para llevar a feliz término estos propósitos –terminaba diciendo el Manifiesto– el Centro Cultural Jerezano, a través de su Sección Espe-

cial, cuenta con el decidido aliento y colaboración de todas aquellas personas que aman firmemente la tradición hermosísima de los cantes y bailes de Andalucía".

Este manifiesto lo difundimos lo más ampliamente posible por todo el mundo y se hicieron eco del mismo los más importantes periódicos españoles, como "ABC", "La Vanguardia", el "YA", "La Gaceta del Norte", etc.; así como otros del extranjero. Entre ellos, revistas internacionales, tan importantes como "The Times", de Londres; "Life" de Nueva York, "O Cruzeiro", de Brasil; y otras que no recuerdo.

El primer grupo de trabajo de la Cátedra de Flamencología, lo formamos con los jóvenes poetas jerezanos, y grandes aficionados, Manuel Ríos Ruiz, Esteban Pino Romero y José González Moreno (Pepillo), que eran amigos nuestros de la niñez; además de otros aficionados como el escritor gitano, José Luis Pantoja; mi compañero de talleres del diario "Ayer", de Jerez, gran entendido y veterano cantaor no profesional, Diego Moreno Iglesias (Dieguinchi); el pintor jerezano Juan Manuel Gutiérrez Montiel y otros amigos y colaboradores, a los que pronto se unirían los poetas comprovincianos Antonio Murciano, de Arcos; José Manuel Caballero Bonald, de Jerez, pero residente en Madrid; y Fernando Quiñones, chiclanero, también asentado en Madrid, en cuyo diario "ABC" publicó un precioso artículo dedicado a la Cátedra.



El escritor argentino de origen gaditano, Anselmo González Climent, inventor de la palabra "flamencología".

Los tres poetas, eran grandes entusiastas del flamenco, con algunos trabajos sobre dicha materia, ya publicados; y otros que, posteriormente, irían dando a conocer, en forma de libros, de versos o de artículos en diversos periódicos y revistas.

Sobre el nacimiento de la Cátedra publiqué yo un extenso reportaje, en el semanario "Dígame" de Madrid, donde a la sazón colaboraba.

Enseguida entramos en contacto con el creador del vocablo "flamencología", el argentino oriundo de San Roque (Cádiz), Anselmo González Climent, con quien pronto entablamos una entrañable amistad; sobre todo, a raíz de conocerle personalmente en Jerez, a donde vino en 1962, para formar parte del jurado del primer –primero y único– concurso de cante flamenco, organizado por el Ayuntamiento jerezano, que fue un desastre total, porque resultó estar amañado el primer premio, que de

antemano se había prometido al cantaor "Jarrito", y que mi compañero Manolo Ríos Ruiz y yo, que nada teníamos que ver con el concurso y del cual éramos meros espectadores, nos ofrecimos a salvar de su naufragio total, la noche de la gala final, celebrada en el Teatro Villamarta, como las demás fases del concurso. Decisión que Ríos y yo tomamos, pensando tan solo en la categoría flamenca de Jerez, como cuna importante del cante, y en la dignidad del arte flamenco.

Con todo y con eso, el gobernador civil de Cádiz que asistía a la final del certamen, advertido del gran escándalo que podría originarse en el teatro, por parte del público, que estaba totalmente convencido de que el primer premio no podía ser para nadie, más que para el ídolo local, Fernando Fernández Monje "Terremoto de Jerez" que, efectivamente, era el que mejor había cantado de todos los concursantes y, por tanto, el que más lo merecía, nos mandó decir a Ríos y a mí, que estábamos entre bastidores, tratando de salvar de la quema todo aquél desbarajuste, que no se diera a conocer al público, de ninguna manera, el fallo del jurado, el cual se publicaría en los periódicos al día siguiente. Así, ante la ausencia de noticias concretas sobre el resultado del concurso, el público abandonó tranquilamente el teatro, sin que se produjera ningún incidente. Caso contrario, estábamos más que seguros que el público le hubiera metido fuego al teatro. Ríos y yo, que nos habíamos ofrecidos, a título meramente personal, para salvar el buen nombre de Jerez y del flamenco del desastre que preveíamos, pasamos la mayor vergüenza ajena de toda nuestra vida. Y aún estamos esperando que alguien nos dé las gracias por evitar un gran escándalo.

Cuando yo informé del resultado del concurso, en el semanario madrileño "Dígame", en el que entonces escribía, me apresuré a decir que la Cátedra de Flamencología, que ya gozaba de un notable prestigio, no había tenido nada que ver con la organización ni con el resultado del certamen y que, además, no había sido invitada a ello, ni a formar parte del jurado, el cual había estado presidido por el escritor y poeta, José Carlos de Luna, al cual se acusaba "*vox pópuli*" de haber arreglado el premio que se le dio al cantaor "Jarrito", y de haber influido, en tal sentido, en la decisión del resto de los miembros del jurado; excepto González Climent, todos acreditados aficionados locales. Los demás premios del concurso parece ser que no sufrieron amaño alguno; al menos los relacionados con las modalidades de baile y toque, que nos parecieron más o menos acertados.

Mi relación con el flamencólogo Anselmo González Climent, que duró hasta su muerte, en el año 1988, fue siempre muy cordial y afectiva, habiendo quedado puesta de relieve en las cartas que me dirigió, desde su Buenos Aires natal, primero, y posteriormente, desde su *"autoexilio"* –como él lo llamaba– en Mar del Plata, a 400 kms. de la capital argentina. La mayoría de esas cartas –otras se han perdido– las publiqué en el número 10 de la *Revista de Flamencología* que edita nuestra Cátedra, correspondiente al segundo semestre del año 1999, y a ella remito al curioso lector.

A lo largo de las década de los sesenta y de los setenta, la Cátedra de Flamencología la fuimos consolidando con el ingreso de nuevos miembros, como el flamencólogo cordobés, alma y vida de los primeros concursos cordobeses, y gran poeta del célebre grupo "Cántico", Ricardo Molina; la bailaora jerezana Rosa Durán y su padre adoptivo, el cantaor jerezano José Durán Mediavilla "El Tordo"; el flamencólogo gaditano Amós Rodríguez Rey; el flamencólogo, periodista y escritor sevillano, Domingo Manfredi Cano, quien tenía ya publicadas muchas cosas de flamenco, especialmente su famosa "Geografía del Cante Jondo", de la cual llegaron a hacerse varias ediciones y con el cual colaboraría yo, más tarde, sin firmar, en las páginas amarillas de una "Guía del Flamenco", escrita por él, que publicó la Editorial Everet, así como en las programaciones de Radio Nacional de España, de cuyas emisoras de Sevilla y, luego, de Canarias, Manfredi sería director. Concretamente, para esta última, el Centro Emisor del Atlántico, en Santa Cruz de Tenerife, escribiría yo los guiones de un programa semanal de una hora, titulado "Andalucía en primer plano", que se emitió durante algún tiempo, en onda corta, para los países americanos de habla hispana, en el cual incluía siempre un espacio flamenco, amén de otros relacionados con nuestras tradiciones, folklore, gastronomía, fiestas y costumbres populares.

Otros flamencólogos que fuimos incorporando al equipo fundacional de la Cátedra fueron el catedrático cordobés Pedro Palop, presentado por Ricardo Molina; los escritores argentinos, Fernando López Perea y Julio Álvarez de Villaluenga, colaboradores de Anselmo González Climent, en lo que él llamaba su *"informal instituto de flamencología"* argentino, quien los presentó a ambos; el escritor de San Fernando, residente en Sevilla, Manuel Barrios Gutiérrez; el madrileño José Blas Vega, responsable a la sazón del departamento de flamenco de la casa

de discos "Hispavox"; el abogado malagueño José Luque Navajas, presidente de la peña flamenca "Juan Breva" de Málaga, autor de un libro sobre los cantaores de su tierra; el cantaor jerezano y compañero de nuestras primeras correrías flamencas, Juan Romero Pantoja "El Guapo"; el gran aficionado y exquisito cantaor no profesional de la misma época, Juanele Calle; mi cuñado el cantaor y bailaor Tomás Torre, hijo del cantaor del mismo nombre y sobrino-nieto del célebre Manuel Torre; el compositor y director del Conservatorio de Jerez, maestro Joaquín Villatoro Medina, cordobés de nacimiento y gran enamorado del flamenco; el pintor jerezano Fernando Toro "Ramírez" y su hijo, el también pintor Paco Toro; entre otros buenos aficionados locales, que se fueron acercando a la Cátedra para colaborar, cada uno en la medida de sus posibilidades.

Luego, daríamos ingreso al compositor y pianista flamenco sevillano, José Romero; a la maestra de baile Teresa Martínez de la Peña, residente en Madrid, y autora de un magnifico libro, publicado por la editorial "Aguilar", que había recibido nuestro Premio Nacional de Investigación, y a otros flamencólogos, críticos, artistas y aficionados que irían incorporándose, posteriormente, poco a poco, al equipo inicial de la Cátedra. Así cumplíamos uno de nuestros principales objetivos de hacer una entidad abierta y plural, en la que lo mismo estuvieran representados los investigadores, como los aficionados y los artistas de diversas ramas, especialmente, como es natural y lógico, los flamencos, como primeras autoridades en la materia que hemos tratado de conservar, dignificándola entre todos, y dándole la altura necesaria para que nunca jamás se dudara de que el flamenco es la quintaesencia de la cultura musical autóctona del pueblo andaluz. De esta forma, la Cátedra la integran principalmente estudiosos, investigadores, críticos, músicos, artistas profesionales y aficionados solventes, dispersos por toda la región andaluza e, incluso, residentes, algunos de ellos, fuera de la misma, y aún de España.

Para la elección de un nuevo miembro, de número o correspondiente, el consejo rector de la Cátedra estudia las propuestas que tienen que ser presentadas por un directivo y dos consejeros asesores, los cuales apadrinan, por llamarlo de alguna manera, el ingreso de cada aspirante en el seno de la corporación; el cual se hace, salvo en casos muy concretos y justificados –en el que sólo bastan los trabajos realizados por el interesado–, en el transcurso de un acto académico, solemne y público, me-

diante el correspondiente discurso de ingreso; al que contesta, siempre, en nombre del centro, otro miembro activo, previamente designado por el consejo rector. Así lo hicieron, entre otros, el cantaor Antonio Fernández Díaz, "Fosforito"; el poeta y flamencólogo, Félix Grande; el cantaor e investigador, Alfredo Arrebola; el poeta José Luis Tejada; el guitarrista granadino Manuel Cano y otros destacados miembros, a pesar de que todos ellos venían avalados por una más que larga obra personal, a favor del flamenco, como intérpretes del mismo o como investigadores o literatos.

Entre unos y otros, activos u honoríficos, la Cátedra de Flamencología ha llegado a tener más de setenta miembros; aunque algunos de ellos, los más conocidos, fueron falleciendo, por desgracia, en el transcurrir de los años. Como los poetas Ricardo Molina, Tomás Borrás, Julián Pemartín y José María Pemán; el cantaor José Durán Mediavilla "El Tordo"; el musicólogo Manuel García Matos; el periodista sevillano del "España", de Tánger, Antonio Rodríguez de León; el poeta Julio Mariscal Montes; el pintor José Manuel Capuletti; el cantaor Antonio Piñana Segado; los periodistas radiofónicos Manuel Fernández Peña y Miguel Acal; el escritor y radiofonista Domingo Manfredi Cano; el abogado y poeta sanluqueño Benito Pérez Rodríguez; el guitarrista Manuel Cano y los poetas José Luis Tejada y Fernando Quiñones; los pintores jerezanos "Ramírez" y Gutiérrez Montiel entre otros; como el poeta y miembro del equipo fundacional, José González Moreno, nuestro muy querido y viejo amigo de la niñez, más conocido por su sobrenombre taurino de "Pepillo", torero y poeta, muchos años relaciones públicas de la Cátedra, que fallecería a consecuencia de un accidente de circulación. Sin olvidarnos de la gran bailaora jerezana Rosa Durán, que fuera primera figura del histórico tablao "Zambra", de Madrid, cuyas cenizas quiso que fueran traídas a Jerez, a finales del año 1999, y esparcidas en las afueras de la ciudad por una de sus discípulas; en presencia del gerente del Centro Andaluz de Flamenco, Paco Benavent; del crítico Pepe Marín, también miembro numerario y actual relaciones públicas de la Cátedra, y del autor de estos recuerdos, viejo amigo suyo de la niñéz.



Juan de la Plata en los inicios de la Cátedra de Flamencología, mostrando una guitarra que perteneciera a Javier Molina, y ante los catavinos de plata de los Premios Nacionales que se entregarían aquél año.

En el transcurso de los años, la Cátedra eligió presidente de honor de la institución al escritor Tomás García Figueras y, al fallecimiento de éste, al flamencólogo Anselmo González Climent. Y como director honorario vitalicio, primero se nombró al maestro del cante, Antonio Mairena y, a su muerte, se designó al cantaor Antonio Fernández Díaz "Fosforito", quien además ya era miembro numerario, después de que, como queda dicho, hubiera pronunciado su protocolario discurso de ingreso, en nuestra institución.

Actividades más sobresalientes de la Cátedra

Tratar de sintetizar, en unas pocas páginas los trabajos de investigación, documentación y archivo; así como de promoción y divulgación del flamenco; las publicaciones y actividades públicas, etc., de nuestra Cátedra de Flamencología, desde su fundación en 1958, hasta el momento de escribir estas memorias, cuando se cumplen sus bodas de oro, sería una labor realmente ardua y, por otra parte, fatigosa para el lector, si tuviéramos que enumerar, uno por uno, todos esos trabajos. Pero bás-

tenos con recordar aquí los más sobresalientes, realizados en el transcurso del medio centenar de años de existencia que tiene nuestra institución, siquiera sea de forma casi telegráfica, para dar contenido a este capítulo, necesario por otra parte, ya que, en todas esas actividades, al ser yo el director de la Cátedra, me he visto obligado a participar, de una o de otra manera, aunque tan solo fuera como simple organizador de cada proyecto realizado.

En 1958, tras el lanzamiento del manifiesto fundacional de la Cátedra de Flamencología y la búsqueda de los primeros colaboradores, comienza una programación didáctica radiofónica, a mi cargo, que duraría alrededor de unos treinta años, en la emisora Radio Jerez, primero, y posteriormente, en Radio Popular de Jerez. En 1959, colocamos sendas placas conmemorativas, en las casas donde nacieron el cantaor Manuel Torre y el guitarrista Javier Molina, en las calles Álamos y de la Merced, respectivamente.

En 1960 la Cátedra inaugura su servicio de publicaciones con el primer número de la revista "Flamenco"; editando posteriormente varios libros y, años más tarde, la *Revista de Flamencología*, que sustituiría a la primera, y de la cual han aparecido, hasta el momento de redactar estas memorias, veintiséis números. Esta nueva revista ha tenido, hasta final del año 2006, una tirada semestral; habiendo cambiado a edición anual en 2007; y su formato es tipo libro, en tamaño algo mayor que el de una cuartilla, y con más de cien páginas de texto; presentada siempre de forma muy sobria y seria, como corresponde a la filosofía de su línea editorial. El contenido se limita a trabajos de estudio, investigación y ensayo, sobre temas flamencos; una página de poesía flamenca, en homenaje a los primeros poetas que formaron parte de la Cátedra y unas páginas finales de información, donde se suele dar noticia de las más importantes actividades culturales relacionadas con el flamenco y reseña puntual de las novedades de libros y discos; festivales; honores y distinciones, etc.

En 1961, celebramos en el Colegio Mayor Universitario "Beato Diego", de Cádiz, el Primer Curso Nacional de Cante Andaluz, que fue todo un éxito, interviniendo yo como conferenciante, junto con mi gran amigo el escritor de Arcos de la Frontera José de las Cuevas y mis compañeros flamencólogos, Ricardo Molina, Manolo Ríos Ruiz y Amós Rodríguez Rey, que lo dirigió. Tanto Amós, como su hermano el gran cantaor Beni de Cádiz, fallecidos ambos hace algunos años, estuvieron

siempre muy ligados a numerosas actividades públicas de la Cátedra, conservando los dos una estrecha amistad personal y de familia conmigo, de la que hablaré más adelante.

Este año, también tuvimos ocasión de organizar en Arcos de la Frontera, en su bellísima Plaza del Castillo, ante la hermosa fachada de la parroquia mayor de Santa María, el primer festival que se hizo en dicho lugar, con Juan Talega, Tía Anica la Piriñaca, La Perla de Cádiz, Angelita Gómez, Terremoto de Jerez, Curro Malena y otros grandes artistas; sentando así el precedente de lo que, pasado el tiempo, sería la gran "Velá Flamenca de las Nieves", que se viene celebrando anualmente, organizada por el ayuntamiento de dicho pueblo, siempre con el eficaz asesoramiento de nuestro compañero, el poeta y flamencólogo arcense Antonio Murciano; en la primera de las cuales, que se me dedicó, tuve el honor de que se me entregara la medalla de oro de dicho festival.

En la edición del año 2000, se conmemoró el cuarenta aniversario del festival que hizo la Cátedra y también hubo entrega de placas recordatorias, no solo a la Cátedra y a mí, como organizador, sino a todos los artistas supervivientes que yo llevé en 1961, así como a familiares de los ya desaparecidos.

Entre aquellos, a la gran bailaora jerezana Angelita Gómez, ahora dedicada a la enseñanza; a la cual yo entregué, esa misma noche, el título de miembro de honor de nuestra institución, en reconocimiento a su prestigiosa labor de profesional de la enseñanza del baile flamenco –especialmente de las bulerías–, y en señal de agradecimiento a la colaboración artística que siempre nos prestó, cada vez que se la solicitamos, a lo largo de todos los años de existencia de la Cátedra.